

Mayo de 1968

y los protagonistas anónimos de la sociedad contemporánea

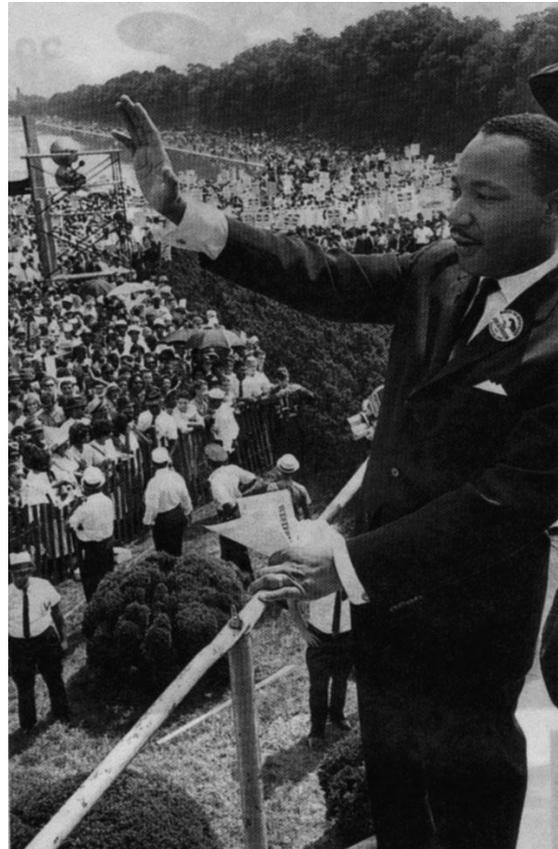
Diego Velásquez

Se acerca junio y va quedando atrás el mes de mayo; sin embargo, este avance en el calendario no se puede asumir tan simplemente, merece en cambio, mucha atención. Si bien el nombre de este mes está relacionado con las manifestaciones obreras a lo largo del siglo XX o con las madres de la Plaza de Mayo en Argentina, por solo mencionar algunas, tiene, frente a éstas, otras connotaciones.

Mayo ha adquirido, después de las jornadas de Francia de 1968 y de las que en este año 2008 se efectúan para conmemorar cuarenta años de aquéllas, significados que lo sitúan como uno de los “acontecimientos ruptura” del siglo XX y, según algunos, un momento después del cual nada sería igual.

No son sólo mayo y Francia lo que se conmemora; la celebración desborda el tiempo y el espacio. En esa matriz que más tarde sería recordada por quienes la

vivieron, y añorada por quienes con años de diferencia la sintieron, se recogen acontecimientos de todas las latitudes del orbe, oriente y occidente que en distintas intensidades asistieron a momentos en los que la cultura occidental fue conmocionada.



Martin Luther King.

La Primavera de Praga en la antigua Checoslovaquia (1967-1968), la Masacre de Tlatelolco en México (octubre de 1968) las protestas estudiantiles en la España del general Francisco Franco (1968), las manifestaciones en Argentina conocidas como el Cordobazo (mayo de 1969), las marchas contra la Guerra de Vietnam, al lado de las movilizaciones por los derechos civiles en Estados Unidos encabezadas por Martin Luther King, confluyen en ese “Mayo francés”.

Si bien las distancias entre los sucesos y las características de cada uno de ellos dan la sensación de estar desconectados unos de otros, lo cierto es que en el fermento de cada movimiento estuvo como motor la altivez de los jóvenes que, asesinados en Tlatelolco, disueltos en Francia, reprimidos en Argentina y España e ignorados en otros tanto lugares, alteraron algunos de los cimientos de la cultura occidental.

Los muros pintados y los adoquines en el aire, bajo los cuales se prometía la playa, se recordarían por ser una forma de manifestar el inconformismo con lo que se vivía, y anticipaban lo que seguramente se experimentaría en adelante; se conmovían los muros y las calles de las ciudades, convirtiéndose esto en un signo incontestable del estremecimiento de la sociedad.

“*Fuimos héroes anónimos sin saberlo, sin quererlo y sin merecerlo*”, son las palabras de alguien que asistió a los momentos más importantes de las manifestaciones estudiantiles en París de 1968 y tal vez la expresión de muchos otros. Las protestas, motivadas por hechos puntuales como el traslado de algunas dependencias universitarias en París, la actitud dictatorial del gobierno argentino presidido por el Comandante Juan Carlos Onganía en Buenos Aires, o la brutalidad policial en Tlatelolco en Ciudad de México, dan cuenta

de algo más profundo: las protestas de los jóvenes zanjaron aun más las brechas generacionales que los separaban de los padres, de los maestros y de los líderes de cualquier tipo.

Algunos de los eslóganes que cubrían los muros de París y que decían: “*Profesores: ustedes son viejos... y su cultura también*”,



La masacre de la Plaza de las Tres Culturas, Tlatelolco.

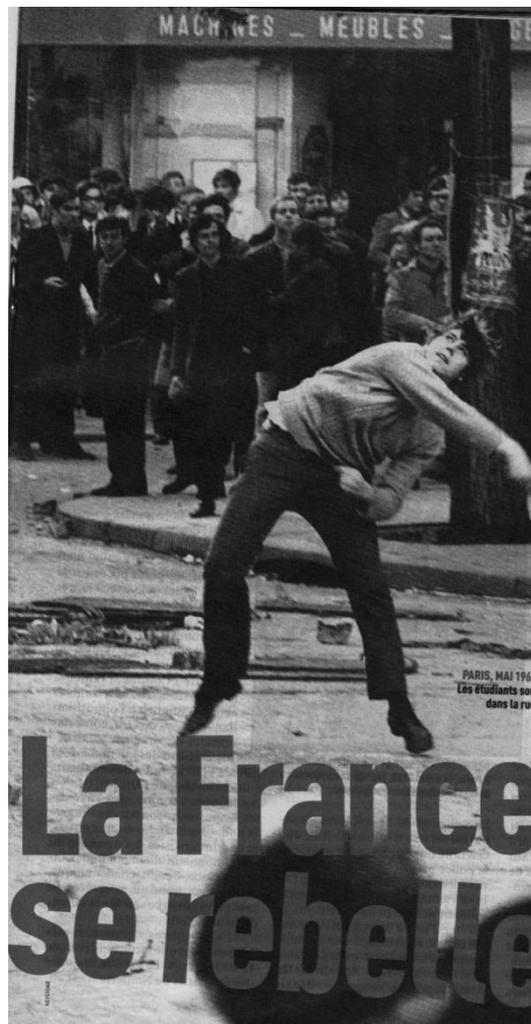
“prohibido prohibir” o “vivir sin obligaciones y gozar sin trabas” expresan el carácter iconoclasta de la juventud que rechazaba el orden de las relaciones humanas dentro de la sociedad y que, además de manifestarse sobre la escuela y la familia, se expresaban sobre otros campos como la producción de conocimiento.

Tras los años sesenta, nada sería igual. Idea romántica tal vez, muy criticada, pero hecho incontestable: las relaciones entre los padres y los hijos, entre los estudiantes y los profesores, y entre los mismos jóvenes, en adelante serían distintas. Tal vez los cambios no se percibieron instantáneamente; de ahí el desconocimiento de algunos actores de lo trascendental de sus actos.

La escena de la cultura occidental dio un cambio: en el interior de las familias se presentaron otros roles, caracterizados por los deseos juveniles de vivir y los consiguientes conflictos entre las generaciones. Las estructuras familiares se transformaron, abriéndose la posibilidad de encontrar parejas casadas por la Iglesia o en unión libre, con o sin hijos, situación en que las perspectivas de futuro eran esenciales.

De igual forma, las estructuras en la escuela, expresadas en las relaciones entre los estudiantes y los profesores, tampoco

podían ser las mismas: las jerarquías y la verticalidad serían, en adelante, cosa del pasado, posibilitando un intercambio de saberes en el que tanto la generación como la transmisión de conocimiento serían renovadas. Si bien no se puede generalizar, aludiendo a los jóvenes como los grandes interesados en el conocimiento, sí se puede mencionar que algunos de ellos adquirieron una conciencia crítica que obligó a muchos de los maestros a reevaluar los métodos y los



contenidos de su enseñanza.

Como resultado de esto, y como consecuencia de la inquietud juvenil del tercer cuarto del siglo XX, los intereses de los estudiosos preocupados por la sociedad se vieron obligados a otorgar un espacio significativo a múltiples sectores de la sociedad. Si en las calles confluyeron miles de personas enarbolando otros tantos emblemas, lo obvio era que querían ser escuchados, querían que a sus voces se les otorgara el peso real que merecían.

A cuatro décadas de las manifestaciones de Francia, México, Córdoba, Praga, Turín y otros tantos lugares, lo que se celebra y merecidamente, es un cambio de actitud de la juventud que, sabiéndolo o no, le dio otro matiz a la sociedad occidental contemporánea.

Fuentes

- 1 Aguirre Rojas, Carlos Antonio. “Los efectos de 1968 sobre la historiografía occidental” en: *La Historiografía en el siglo XX*. México, Editorial Montesinos, 2004. pp. 105-131.
- 2 Bartolomé, Manuel y Álvaro Pérez. “Francia pasa la página de mayo del 68” en: *Nuestro Tiempo*. Pamplona, núm. 639, septiembre de 2007, pp. 58-59.
- 3 Hobsbawn, Eric. *Historia del siglo XX*. Barcelona, Editorial Crítica, 1998, p. 355.

- 4 Acevedo, Jorge. “Acerca del paradigma de sentido del hombre actual de mayo del 68 y hoy” en: *Revista Chilena de Humanidades*. Santiago de Chile, núm. 21, 2001, pp. 23-30.

- 5 Mendoza Ramírez, Álvaro. “Una primavera en París (1968)” en: *Pensamiento y Cultura*, Bogotá, núm. 07, diciembre de 2004, pp. 11-15.

Diego Velásquez. Miembro del Grupo de Investigación en Historia Contemporánea del Departamento de Historia de la Universidad de Antioquia. Escribió este artículo especialmente para la *Agenda Cultural*.